



“Doña Inés contra el olvido” a la luz de los críticos

Julio Quijada Rincón

*Maestría de Literatura Venezolana. Universidad del Zulia.
Maracaibo, Venezuela.*

Resumen

Doña Inés contra el olvido establece el concepto racial constante en Úslar, Gallegos, Meneses y otros, toda vez que es una pieza clave para entender la historia venezolana a partir de nociones básicas de *raza, patria, letrado y comunidades imaginadas*. La voz espectral de doña Inés teje una discursividad mágica y real: su denodado combate por los valles y hondonadas de Curiepe en el estado Miranda, su lucha que parte de un rincón polvoriento de olvidos, su acaecer en pos de sus sueños, el arma de la palabra para romper los silencios y unir las piezas sueltas de la historia patria.

Palabras clave: Historia, raza, patria, letrado, comunidades imaginadas.

“Doña Inés Against Forgetfulness” in the Light of the Critics

Abstract

Doña Inés contra el olvido establishes the racial concept constant in Úslar, Gallegos, Meneses and others, and is also a key piece for understanding Venezuelan history based on notions of race, fatherland,

learned and imagined communities. The spectral voice of doña Inés weaves a magic and real discourse: her tireless combat for the valleys and hollows of Curiepe, Miranda, her fight that started from a dusty corner of forgetfulness, what befell her for the sake of her dreams, the word as a weapon for breaking silences and uniting the scattered pieces of homeland history.

Key words: History, race, fatherland, learned, imagined communities.

Hay algo que embruja en la discursividad de la novela *Doña Inés contra el olvido* de la escritora venezolana Ana Teresa Torres, y no es otra cosa que imaginar la polvorienta voz escrituraria de su personaje principal, doña Inés Villegas y Solórzano. Asumirla como si fuera una muerta bien viva -narración epistolar a partir de insumos históricos- para surtir una historia a base de elementos magicorreales porque si doña Inés tiene la capacidad de hilar un memorial durante un intervalo de más de trescientos años y comenzar escribiéndoles a su primo y viudo don Alejandro Martínez de Villegas y también a su paje y liberto Juan del Rosario Villegas y concluir con los prodigios de la internet, quizá acomodada su calavera en una oficina glacial, tecleando un “personal computer”, entonces se comprenderá la magnitud de la empresa literaria de Ana Teresa Torres (1992) quien aborda un litigio cuyas complicaciones jurídicas abarcan unas tierras en el Valle de Curiepe (Edo. Miranda).

Una mantuana con varios siglos a cuestas, de súbito despierta de su “pausa eterna” como diría Gabo y se da cuenta de que ha sido despojada de sus posesiones: los valles descomunales y las hondonadas mirandinas de Curiepe por su “esclavo y liberto” Juan del Rosario Villegas, ante la mirada impertérrita de su cónyuge (el polvoriento cadáver de don Alejandro no dice nada).

Esta historia, tirada por los pelos de una narrativa cuyos resortes discursivos bien podrían ubicarla entre las mejores piezas literarias del *boom latinoamericano* está sazónada con el recetario de ingredientes básicos de las novelas fundacionales que en Hispanoamérica inaugura Joaquín Fernández de Lizardi con *El Periquillo sarniento* imaginario que abarca temas variopintos, empero de unidad conceptual en torno a Latinoamérica tales como el concepto de nación, el letrado, la raza y la imaginación de la nación, tropos constitutivos, informantes y confortantes del muestrario de metáforas ensambladoras de la narrativa latinoamericana cuyos alcances y pro-

yecciones se nutren de la novela de la tierra que en Colombia inaugura *La Vorágine* de José Eustasio Rivera y en Venezuela se articula a partir de *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos. No se debe olvidar tampoco el aporte del argentino Domingo Faustino Sarmiento con su ensayo monumental sobre la formación y conformación de un proyecto de país reflejado en *Facundo* surtidor de un gobierno civil que sucedería a las tiranías de Facundo Quiroga y Juan Manuel de Rosas y que el mismo Sarmiento presidió.

En las novelas fundacionales se halla presente el tropo de la raza como una constante que abarca al negro, al indio y al blanco.

Rómulo Gallegos pincela con una sinopsis asombrosa lo racial en sus novelas *Doña Bárbara*, *Canaima*, *Pobre Negro*, *Sobre la misma tierra* y *Trepadora* entre otras, línea discursiva que seguirán también, *Las Lanzas Coloradas*, Arturo Úslar Pietri, *Mene y Cumboto*, Ramón Díaz Sánchez así como otros autores venezolanos tales como Francisco Herrera Luque *Boves el urogallo*, *Los amos del valle*, Guillermo Meneses; *Campeones*, *Canción de negros*.

Se debe acotar con el objeto de asentar una suerte de progresión histórica que novelas adosadas al imaginario racial confluyen entre 1900-1950 y luego vendría una suerte de silencio para que la novelística se

asumiera al igual que otros géneros como el cuento, el ensayo, el correlato y la poesía para retratar el drama urbano, la miseria, las guerrillas, el amor, el sexo, la prostitución, la niñez abandonada, la política, la politiquería, los hippies, los juppies, el amor libre, las patotas, las drogas, el alcohol, tramas sobre tramas, temarios y temas que no sólo se insertan en la venezolanidad sino también en lo universal, la aldea global, “el gendarme necesario” tanto local como internacional. Esta digresión viene a cuento para abordar el silencio de la novelística surtidora del tema racial, la cual volverá a tener su **mise en scene** en autores que a partir de los años ochenta y noventa del recién fenecido siglo XX la retornan con un nuevo ímpetu: autores como Meneses, Torres y otros.

Se pretende abordar la discursividad presente en la novela *Doña Inés contra el olvido*, se revisará si el tejido literario y conceptual en la obra de 1950, responde a las líneas maestras armadas y conformadas por los críticos. Se intentará colocar dicha obra **vis à vis** con la crítica.

En ensayo -centauro de todos los géneros, atisbo escritural de ciencia menos la prueba- se inserta en una visión de ultratumba: doña Inés dictándoles memorial desde su túmulo no sólo a Alejandro, su viudo, sino también a Juan del Rosario su “paje y liberto” así como a generaciones

de su tiempo posteriores y emparentadas con la modernidad y la postmodernidad.

“Y yo aquí Alejandro, encerrada en mi cadáver de ojos atónitos y oídos aturridos, mirando impotente como Isabel, la viuda de mi nieto Francisco, temblaba toda y temblaba adentro suyo el fruto póstumo de Francisco, hablándole sin que ella pudiera oír mi voz” (Torres, 1992: 54).

Todo lo relativo al memorial a través del cual fluye la discursividad historicoficcional de doña Inés bien podría emparentarse -muchas vías habrá que buscar- con la *Ciudad Escrituraria* de Ángel Rama (1985) en la cual se asocia lo escriturario con las estructuras de poder. Se hallarán en los dos anillos existentes en la *ciudad letrada* las claves -no se sabe si macondianas- para tejer una narrativa que fluye por los pasadizos de la imaginación, empero que se agiganta durante unos trescientos años ficcionales en los cuales el espectro de doña Inés toma la palabra a partir de 1715 el cual fluye con pluma, tintero y tinterillos, y su espíritu volando mientras dicta sus memoriales, sus primeros recuerdos que se empañan en la neblina desde 1715 hasta 1732, vuela por el *Réquiem*, se despierta de la siesta *colonial*, se encuentra con Carlos III, nos da una visión periodística de las guerras que transcurren entre 1810 y

1814 en tanto lamenta la destrucción de Caracas a causa del terremoto de 1810. todo este fluir de la pluma es el intento letrado de una mantuana espectral que lucha por sus posesiones de los valles y hondonadas de Curiepe.

Doña Inés se vale de la pluma para que su espíritu luche por sus tierras que le arrebató su “paje y libertot” Juan del Rosario mediante “argucias” de leguleyos. Por su parte, Juan del Rosario también utiliza las armas escriturales -intertextualidad legal- para quedarse con las tierras.

A lo largo de la novela fluirán la figura del *letrado* como ya se ha establecido desde múltiples perspectivas: la voz real y mágica de doña Inés, la prosa legal de Juan del Rosario, las relaciones epistolares de algunos personajes, edictos reales, las notas clericales de Fray Antonio, el memorial de don Narciso durante la Independencia.

En *La ciudad escrituraria* Ángel Rama sostiene:

“La ciudad letrada articuló su relación con el poder al que sirvió mediante leyes, reglamentos, proclamas, cédulas, propagandas y mediante la ideologización destinada a sustentarlo y justificarlo. Fue evidente que la ciudad letrada remedó la majestad del poder, aunque puede decirse que ésta rigió las operaciones letradas, inspirando sus principios de concentración, elitismo, jerarquización” (Rama, 1985: 3).

Uno de los intentos mejor logrados por Torres lo constituye el Epitafio al general Joaquín Crespo. Allí doña Inés le escribe prácticamente a “sangre y fuego” a raíz de los sucesos que dieron al traste con la vida de Crespo en la *Mata Carmelera* cuando un anónimo soldado le disparó desde un árbol.

Doña Inés se ensaña contra la dudosa gloria de Crespo, caída de súbito a consecuencia de una bala que disparó un soldado desconocido, como ya se ha dicho, encaramado en el **copito** de un árbol. Doña Inés ‘escupe’ al Presidente caído y se sienta como árabe a ver pasar al cortejo fúnebre, claro, Crespo de una manera u otra atentó contra lo suyo, incidió en el desamparo de doña Inés y como a todo hombre en su momento le llega su hora “doña Inés” lo espera **en la bajadita** y le lanza toda la ponzoña escrituraria de que es capaz su pluma: odio, ironía, glorias de traspatio y venganza que surten una travesía por el sendero que atraviesa al catafalco de Crespo que será contemplado por Caracas a cielo abierto y descrito por la pluma de Torres con un virtuosismo proverbial.

No es solamente el periplo recorrido por el cadáver de Crespo una visión para regodearse en el artificio escritural sino que es Crespo mismo una suerte de punto de enlace entre la historia que se inicia a mediados

del siglo XVIII y concluye finisecularmente en 1983 cuando por fin Francisco Villaverde -suerte de último Buendía macondiano- teclea el **the end** de una querrela a base de edictos, memoriales, rabias acumuladas y en grado superlativo la historia venezolana contada para ser vivida, vivida para ser contada por una mantuana cuyo polvoriento espectro pone al lector cara a cara con la revisión conceptual de los tropos de la *raza, la nación, el letrado, las comunidades imaginadas* abordados a lo largo y ancho de dos secuencias temporales: 1900-1950 y 1970 hasta finales del siglo XX por autores como Úslar Pietri, Gallegos y Díaz Sánchez.

El espectro de Doña Inés Villegas y Solórzano se pasea de la mano de Ana Teresa Torres a lo largo de una historia si se quiere seccionada en tres bloques, a saber: (1715-1835) cuyo arranque inicial bien pudiese ser leído como el primer sueño de una mantuana muerta en 1781, empero sueño que ella con sus ojos de ultratumba resume como una “siesta colonial” y que parte desde sus primeros memoriales de 1715 pasando por lugares históricos como la capitulación de Vicente Emparan en 1810, la crónica de las guerras, el terremoto de Caracas (1812). Una segunda parte (1846-1935) donde los tres ejes secuenciales más importantes son el entierro de Joaquín Crespo

que como se ha dicho, doña Inés -¿alter ego de Torres?- destila una suerte de cicuta socrática, la irrupción de Domingo Sánchez y las peripecias del turco León Bendelac, y por último, la tercera parte (1935-1985) en la cual la discursividad de doña Inés es abordada con el fin de que Francisco de Villaverde complete el ciclo de negociaciones entre abogados, empresarios, gacetas oficiales y ayuntamientos edilicios para que por fin doña Inés pueda descansar de su pesadilla psicoliteraria.

Doña Inés contra el olvido se inserta como escritura en lo que Mónica Marinone contempla en su obra *Escribir Novelas, Fundar Naciones*, relativo a nuestros países hispanoparlantes, de tal suerte que fluye una historia que en primera instancia podría muy bien imitar una suerte de microcosmos latinoamericano.

“Latinoamérica en general plantea la necesidad de distinguir ciertos territorios (económico, político, sociocultural) que, aún interactuando no responden a una temporalidad unívoca o a relaciones lineales y de casualidad unidireccional” (Marinone, 1983: 31).

Un espectro despierta de un sueño de siglos y de súbito exclama:

“Mi vida fue atravesar mañanas lentas, días largos que el tiempo recorría despacio, vigilar el trabajo de las esclavas, ver-

las barrer las lajas de los patios, dar lustre a las baldosas y azulejos que hice traer de Andalucía”.

(Torres, 1992: 11).

Este repentino despertar de doña Inés queriendo escarbar de entre sus sueños una especie de pesadilla de siglos se condimenta con elementos propios de la región latinoamericana.

“Por eso, en Latinoamérica, el regionalismo fue y sigue siendo una fuerza estimulante en la literatura... En la fase de la conciencia de país nuevo, correspondiente a la situación de atraso, da lugar sobretudo a lo pintoresco, decorativo y funciona como descubrimiento, reconocimiento de la realidad del país y como incorporación a los temas de literatura” (Cándido, 1991: 315).

Doña Inés contempla a su marido el día en que éste muere:

“_¿Qué día es hoy Alejandro?, ¿Es hoy día de tu muerte? Te veo en tu mejor traje, vestido con casaca de terciopelo negro abotonada en plata, la chupa de tafetán aceitunado, los calzones de holán, los puños de encaje, el corbatín de gasa y las medias sevillanas con escarpines de breña y zapatos de cordobán”.

(Torres, 1992: 23).

Esto no sólo habla del linaje de don Alejandro Martínez de Villegas sino que se puede integrar a un binarismo a la hora de describir a los es-

clavos, podría inferirse la semidesnudez bárbara:

“Daría recuerda a Ceferino, lo ve, niño, jugando en la puerta de la casa de los esclavos, lo ve triste cuando los hombres echan el cadáver de su madre en la tierra y se lo entregan a la suya para que lo cuide; lo ve muchacho matando culebras y tarántulas; lo ve, hombre, trabajando en los cacaoales, su cuerpo fuerte y sudoroso, acostado a la sombra, bebiendo aguardiente con los demás, hablando con ellos de cosas que las mujeres no entienden; lo ve huir con los otros al cumbé”.

(Torres, 1992: 64).

Benedict Anderson, en su obra *Comunidades Imaginadas* (1993) no sólo reflexiona sobre la génesis y extensión del nacionalismo; sino que también aborda el origen de la conciencia nacional.

Alude el autor a la dificultad existente para diversidad de ingleses, franceses y españoles para quienes resulta “cuesta arriba” entenderse recíprocamente a través de la lengua y que sin embargo pueden comprenderse a través de la imprenta y el papel.

“Estos lectores a quienes relacionaba a través de la imprenta formaron en su invisibilidad visible, secular, particular, el embrión de la comunidad nacionalmente imaginada” (Anderson, 1993: 73).

En *Doña Inés contra el olvido* hay múltiples comunidades imagi-

nadas cuyas huellas se pueden seguir en el espacio y el tiempo: El trío de personajes esenciales, cada uno a su manera informa y forma la representación de una comunidad imaginada. Doña Inés encarna en primera instancia el papel ductor casi en predios del feminismo, lucha a brazo partido por lo que considera suyo y que siente ha sido vulnerado, asume un feminismo que linda en una postura radical con el trato displicente hacia su viudo y su paje. Don Alejandro es también comunidad imaginada del proto hombre y macho fundacional. No sólo tiene una abultada descendencia con su cónyuge doña Inés sino que también se amanceba con las esclavas; Juan del Rosario “paje y liberto” es la comunidad imaginada de los negros, llega a tener un importante puesto militar como capitán, llega a ser alcalde, encarna la búsqueda de los negros, la libertad ansiada, peleada y obtenida en las postrimerías del siglo XIX.

En una perspectiva macro la comunidad imaginada de la época colonial será el elemento racial que estará presente en el “arrochelamiento” de negros en busca de una tierra de promisión la libertad. Por otro lado, todo el avatar pre y post independentista alimenta *comunidades imaginadas* en las cuales las ideas revolucionarias vienen de la mano de Rosseau, de acontecimientos ta-

les como la toma de la *Plaza de La Bastilla* que desencadenan la *Revolución Francesa*. Y finalmente *comunidades imaginadas* habrá a lo largo y ancho del siglo XX de, entre las cuales su epicentro podría hallarse una mañana de 1983 en un atestado local en que se halla José Tomás, el ideólogo de la novela quien está dentro de un **Melting Pot** (pote de mezclas raciales):

“Esperando la hora en que abrieran las oficinas, trajinó un rato las estrechas aceras; de vez en cuando entre los altísimos edificios de los Bancos, las Compañías de Seguros y las Financiadoras, se asomaba la quincalla de un árabe, el cuchitril de un zapatero remendón italiano, el olor a fritanga de un bar español; de las bocas del metro de Capitolio salían marejadas de personas que sorteaban los huecos de las aceras, los puestos de venta de los vendedores callejeros y los frenazos de los autobuses” (Torres, 1992: 225).

En el plano de la temporalidad la obra de Torres se integra a diferentes épocas: La Colonia y la época fundacional de los pueblos latinoamericanos, la instauración de las instituciones; el Cabildo, la Escuela, las Universidades, el paso sigiloso de tres siglos con sus aires clásicos, neoclásicos, modernos, postmodernos.

Torres teje una discursividad desde una época nebulosa y polvorienta, lento transcurrir de un siglo con sus calles de piedra, trillas de burros

y caballos, viandantes ataviados a la manera de la época.; tricornios, telas de holán, botines de charol, esclavos y libertos con la semidesnudez o la sencillez de sus galas hasta llegar al paso de una modernidad y de una postmodernidad cuando doña Inés contempla con incredulidad los barcos, los aviones, el tendido eléctrico que une ciudades y salva kilómetros de claridad, las computadoras, las chequeras, el descomunal burocratismo de nuestras ciudades; ahí estará Francisco de Villaverde dándole término al sueño de la mantuana espectral, será Villaverde el último eslabón de esta enredina de siglos quien se valdrá de aditamentos postmodernos como reuniones con socios, banqueros, empresarios y políticos para cerrar la negociación cuyos entramados de litigios y más litigios han mantenido en duermevela a la sombra de doña Inés.

Cuando se cierre el ciclo, doña Inés por fin podrá descansar en paz y habrá recorrido tres épocas. Jorge Larrain en *Modernidad, razón e identidad en América Latina* (1996) sostiene que la modernidad se asocia con los procesos de racionalización así como fenómenos complejos y multidimensionales. En tanto que lo moderno irrespeta su propio pasado y se mira como la resultante del paso que se transita de lo tradicional a lo actual.

“La edad moderna se define a sí misma como el reino de la razón y de la racionalidad que han desplazado a la religión, a los prejuicios y supersticiones; a las costumbres tradicionales” (Larrain, 1996: 19).

No obstante, para Larrain la modernidad desemboca en ambigüedades en razón de supuestas promesas teóricas y exclusiones prácticas las cuales desencadenan las crisis que a decir de Wagner confluyen desde 1945 hasta 1973 en lo que se conoce como la *modernidad organizada*.

Al final de la novela, sin que se considere el litigio como punto de cierre se revisará un orden keynesiano que abarcará lo económico, lo político, la población y su integración a sindicatos y partidos de masas, se insistirá en la democracia de Rómulo Betancourt, *la reforma agraria, el pacto de Punto Fijo* y una economía de consumo sostenida y sustentada por sistemas tecnológicos que colocan a los países latinoamericanos como periferias vulnerables que subyacen a la sombra de países hegemónicos en lo económico y tecnológico, tales como Estados Unidos, Francia, Alemania e Italia.

Una segunda crisis terminal de la modernidad es un cuestionamiento que se debate en la actualidad, “*Las tesis postmodernistas ciertamente interpretan las crisis*

en este sentido, y argumentan que la nueva etapa que se abre es una postmoderna de fragmentación y disolución de la realidad” (Larrain, 1996: 33).

En las aguas profundas de la discursividad de “Doña Inés”

El terreno ficcional de doña Inés parte de su memorial: su espectro teje las líneas narrativas, bordado discursivo que ella -personaje principal y voz cantante de mantuana, caída en la desgracia temporal de la finitud existencial- dibujará a lo largo de tres centurias, abordando, tratando de tú a tú a dos personajes cuyos resortes básicos se ubican por lo parejo en una suerte de segundo personaje biforme: su viudo, también extinto, don Alejandro Martínez de Villegas. Se resalta que ambos son nietos del conquistador español don Pedro de Villegas. Esta cercanía sanguínea los hace primos y Juan del Rosario Villegas, hijo natural de don Alejandro con una esclava, a la vez que “paje y liberto” como doña Inés lo menciona, sería otra cara de este personaje biforme. Este dato relativo al matrimonio de Alejandro y doña Inés (primos y esposos) parece ser una constante como elemento racial en novelas como *Las Lanzas Coloradas* de Arturo Úslar Pietro o *Cien Años de*

Soledad del colombiano Gabriel García Márquez en las cuales el elemento fundacional se entrelaza con el incesto, la violación, el estigma, el fetichismo y otros.

En *Doña Inés...* se mezclan los personajes reales e históricos Bolívar, Empanan, Páez, Crespo, Castro, Gómez, Medina, Gallegos, Betancourt, Caldera, Pérez, con los personajes que se debaten entre lo ficticio y lo real: Daría, Ceferino, Isabel, Domingo, Bendalac, Heliodoro, José Tomás, Francisco y otros.

Esta novela es tremendamente circular con todo y que la temporalidad arranca a partir del siglo XVIII y finaliza a finales del siglo XX. El porqué de esta circularidad se resuelve con una mantuana espectral que comienza y finaliza dictando sus memoriales para su esposo y su paje.

Al igual que otras novelas integradoras de lo racial tales como *Las Lanzas Coloradas*, *Pobre Negro*, *Canaima*, de Úslar la primera y de Gallegos las dos últimas, en *Doña Inés...* la discursividad estará dirigida por la voz del amo.

Hechos históricos de la Venezuela colonial, independentista, de las dictaduras del siglo XX y de la era democrática se entrelazan con historias, ficcionales y correlatos: la huida de Daría con la pequeña Isabel a raíz de la guerra, la turbulenta vida de Domingo Sánchez suerte de áuli-

co de Castro y Gómez, las peripecias del turco “Vendelá” (León Bendelac), la aparición de don Heliodoro, José Tomás –niño de origen humilde que se formará y llegará a ser el ideólogo de la obra, Francisco, el letrado que entre banqueros y empresarios sellará con un apretón de manos y la firma de unos papeles, el sueño y despertar de doña Inés, la figura del crimen y con ella la del “chivo expiatorio”, el primero en tiempo remotos con el asesinato de José Francisco Blanco, el de un dignatario como Joaquín Crespo o el que cierra la narrativa con la muerte de Cocolo a manos de los cuerpos represivos del Estado.

En *Doña Inés...* se mezclan binariamente la religiosidad y los ritos afrocaribeños, lo devocional y confesional con el **laissez faire** sexual. *Las mil una noches* se hace expresión rosa en “La Venus de San Juan”, dignatarios y seres comunes son retratados por la pluma de Torres, convento de las Carmelitas y lenocinios que saludan la llegada del siglo XX, el blanco y el negro a la manera de un juego de máscaras.

“Esta segunda tendencia nos interesa sobremanera pues se ha dedicado a inventariar los roles que asumen los personajes negros, sus actitudes, sus expectativas, su cisión del mundo, arrojando datos que definitivamente hablan de la existencia de seres que, cualquiera sea su isla de proveniencia, comparten un imaginario y

una manera de ver la vida” (Boadas, 1999: 90).

Porque, qué otra cosa no ha de representar la rebelión de Juan del Rosario Villegas sino un deseo íntimo de asumir una máscara y de paso -por qué no- quedarse con los valles y hondonadas mirandinos de Curiepe por tres siglos y pico, que ya es algo.

Y qué de doña Inés, un castigo de siglos, una pesadilla tricentenaria, un encierro ontológico, una prisión para sus huesos molidos por el comején de lluvias, relámpagos y eternidades: una mantuana caída de su gloria y de sus sueños, un esclava de piel blanca asolada y estremecida por una pesadilla negra, porque defi-

nitivamente una mujer con el abo- lengo, la estirpe y la cuna que here- dó doña Inés será vencida por la muerte, por el terror por el polvo, las pesadillas y el paso de los siglos, pero jamás por el olvido, y esa ha sido la tarea escrituraria de Ana Te- resa Torres: trascender la particula- ridad de una familia, ofrecer de paso la crónica de Venezuela a lo largo de trescientos años de historia , res- catar la memoria de doña Inés, su lucha contra el olvido, pincelar la memoria venezonalista y alzarse con el 1er lugar de la I Bienal de litera- tura Mariano Picón Salas en 1991 (Premio Novela), lo cual es gratifi- cante para la autora y enriquecedor del paisaje literario venezolano.

Bibliografía

- ANDERSON, Benedict. 1993. *Comunidades Imaginadas*. México D.F. Fondo de Cultura Económica.
- BOADAS, Aura Marina. 1999. *Máscaras Blancas, Mascaras Negras en la narrati- va venezolana contemporánea en la huella étnica en la narrativa caribeña*. Caracas. Asociación Venezolana de estudios del Caribe y Celarg.
- CÁNDIDO, Antonio. 1991. *Crítica Radical*. Caracas. Biblioteca Ayacucho, Litera- tura y Subdesarrollo.
- LARRAIN Ibáñez, Jorge. 1996. *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Santiago de Chile. Editorial Andrés Bello.
- MARINONE, Mónica. 1998. *Escribir Novelas, Fundar Naciones, Rómulo Galle- gos y la expresión venezolana*. Argentina. Centro de Letras Hispanoamerica- nas, Facultad de Humanidades y Educación.
- RAMA Ángel. 1985. *La Ciudad escrituraria en Ángel Rama, Crítica Cultural en América Latina*. Caracas. Biblioteca Ayacucho.